

**RECONFIGURAR LA MIRADA PSICOSOCIAL SOBRE EL GÉNERO HUMANO:
REFLEXIONES A PARTIR DE UNA EXPERIENCIA DE INVOLUCRAMIENTO EN
EL CAMPO-TEMA DE LAS IDENTIDADES TRANSGÉNERO**

RECONFIGURING THE PSYCHOSOCIAL PERSPECTIVE ON THE HUMAN
GENDER: REFLECTIONS FROM AN INVOLVEMENT EXPERIENCE IN THE
FIELD OF TRANSGENDER IDENTITIES

Antar Martínez-Guzmán

Universitat Autònoma de Barcelona - Universidad de Colima
antar_martinez@ucol.mx

Resumen

Las identidades transgénero plantean importantes desafíos a la perspectiva psicosocial dominante con que se aborda el género y con que se concibe al ser humano. En este artículo propongo un conjunto de reflexiones que buscan contribuir a reconfigurar la manera en que las perspectivas psicosociales se aproximan a la concepción de lo humano a través de problematizar la mirada convencional sobre las identidades de género. Estas reflexiones emergen en el marco de un proyecto de investigación-acción participante con colectivos trans de la ciudad de Barcelona. La discusión se centra en tres dicotomías: el binomio hombre-mujer, la distinción entre sexo y género, y las fronteras entre humano y no-humano. Concluyo esbozando algunas posibles implicaciones de esta reformulación para el estudio psicosocial de las identidades trans y, más generalmente, para la propia disciplina de la psicología.

Abstract

Transgender identities pose significant challenges to dominant psychological perspectives towards gender and, more widely, the conception of the human being. In this paper I discuss a set of reflections seeking to reconfigure the way in which psychosocial perspectives understand gender identity and the human subject. These reflections are the result of a participatory action-research project in the field of trans identities and are informed by feminist and transgender studies. The discussion focuses on the problematisation of three well-established dichotomies in psi science: male-female binary, sex-gender distinction and the frontiers between human and non-human. I conclude by outlining some possible implications of this reformulation in the psychosocial study of trans identities and, more generally, in the discipline of psychology.

Palabras Clave: transgénero, transexualidad, identidad de género, psicología, ciencias psi.

Keywords: transgender, transsexuality, gender identity, psychology, psy sciences.

1. Introducción

Durante las últimas décadas, las identidades transgénero han surgido como un creciente tema de debate tanto en las ciencias biomédicas como en las ciencias sociales y humanas. Estas identidades plantean importantes desafíos a la concepción tradicional del género y su relación con el sexo y la sexualidad (Hines, 2007; Elliot, 2009). Una creciente visibilidad y politización de las comunidades trans ha cuestionado el estatus patológico de la transexualidad y aboga por nuevas formas de concebir y abordar las identidades de género no-normativas. En este contexto, las disciplinas 'psi' han sido interpeladas por estos nuevos

planteamientos y los presupuestos sobre el género que guían su aproximación a las identidades trans son llamados a revisión (Whittle, 1996).

Tradicionalmente, la psicología y otras disciplinas afines se han alineado con el paradigma biomédico y han contribuido a reproducir el orden dominante de sexo/género según el cual las identidades transexuales y la subjetividad transgénero son entendidas bajo el prisma de la desviación sexual o la enfermedad mental (Missé y Coll-Planas, 2010). En este artículo busco reflexionar sobre algunas formas en las cuales la perspectiva psicosocial tradicional sobre el sexo/género puede ser interpelada y transformada al contacto con las identidades trans. Argumentaré que esta transformación abre vías para re-pensar, al menos parcialmente, la concepción de lo humano en psicología y para generar abordajes menos normativos y más inclusivos con respecto a la variación de género.

Las reflexiones que aquí se presentan surgen en el marco de un proyecto más amplio de investigación-acción participante con actores sociales y colectivos trans en la ciudad de Barcelona. Los actores sociales con los que me he relacionado contribuyen a constituir lo que, siguiendo a Spink (2005), llamaremos un campo-tema, esto es, un tema y un contexto de investigación que consideramos psicológicamente relevantes y dentro de cuyo marco nos posicionamos. El proyecto busca contribuir a la visibilidad de las subjetividades de género variante (*gender variant*) al margen del marco psicopatológico. Las ideas discutidas aquí se gestan en esta experiencia de 'involucramiento', esto es, en la generación de relaciones significativas con el campo-tema y vínculos de alianza y aprendizaje con grupos y personas involucradas.

Estas reflexiones están informadas por testimonios, documentos, registros de campo y diversos materiales que he venido recolectando a lo largo de esta experiencia. También están nutridas por diversos desarrollos teóricos provenientes del feminismo, la teoría queer, los estudios transgénero y la psicología social construccionista. Estos insumos teóricos pueden ser útiles para reformular la mirada psicológica en torno al sexo/género, a la identidad y, en general, a la manera en que nos aproximamos al estudio sobre lo humano.

En un primer momento, discuto la manera en que los abordajes psicosociales convencionales se aproximan a las identidades de género y la manera en que reproducen la perspectiva biomédica dominante. Posteriormente discuto la manera en que el desafío que las identidades trans plantean puede conducir a reformular la mirada psicosocial sobre lo humano, vía la problematización de las asunciones sobre sexo/género. Esta problematización se centra en tres dicotomías: el binomio hombre-mujer, la distinción entre sexo y género, y las fronteras entre lo humano y lo no-humano. Finalmente, concluyo esbozando algunas posibles implicaciones de esta reformulación para el estudio psicosocial de las identidades trans y, más generalmente, para la propia perspectiva psicosocial.

2. La configuración psicosocial del sexo/género

La psicología no sólo representa el mundo sino que contribuye a construirlo (Gergen, 2009; Ibáñez, 1994). En conjunto con otras disciplinas afines, la psicología participa activamente en el modelaje y reproducción del orden social. Para Nikolas Rose (1998), el complejo constituido por las ciencias psi (psicología, psiquiatría, psicoanálisis, psicoterapia, estudios psicosociales, etcétera) desempeña un papel regulador con respecto a diversos aspectos de la vida social, como el trabajo, la familia, la salud mental y la sexualidad. Como práctica social, la psicología ha tenido un impacto significativo en el establecimiento de las concepciones sobre normalidad y anormalidad, en la producción de las técnicas sociales destinadas al ajuste, la normalización y la reinserción social (Rose, 1990; Danziger, 1994). El terreno del género y la sexualidad ha sido en muchas ocasiones un espacio clave en este proceso (Foucault, 1976; Harding, 1986; Butler, 1999).

Es posible identificar en las ciencias psi dos habituales formas de concebir el género. En primer lugar, el género es concebido como el conjunto de rasgos

estables, que perduran en el tiempo, y que caracterizan diferenciadamente a hombres y mujeres. Estos rasgos están enraizados en la biología y en el cuerpo, por lo que su estudio es tarea de subdisciplinas como la neuropsicología, la psiquiatría y la psicología evolucionista. La segunda manera de entender el género es como el producto de un proceso de socialización (especialmente en edades tempranas) y de adquisición de una identidad y unos roles acordes con un referente cultural y con un sexo en particular. Aquí se cuentan, por ejemplo, el psicoanálisis, los estudios de la psicología del desarrollo y los estudios de la influencia social. Muy a menudo se entiende que estas dos perspectivas se complementan y se correlacionan de manera que el género se piensa como una estructura o unidad compuesta por un orden 'biopsicosocial'.

Así pues, las perspectivas psi dominantes comparten con el paradigma biomédico la suposición convencional según la cual el sexo y el género son dos cosas dadas y diferenciables. El uso contemporáneo que se hace desde la psicología de los términos 'sexo' y 'género' varía considerablemente. (Unger y Crawford 1993; Gentile, 1993). No obstante, se ha señalado que al interior de esta variedad de usos hay un hilo común en donde se asume que el 'sexo' es, de alguna manera, anterior al 'género' y es la base biológica sobre la cual se edificarán las diferencias de género (Kitzinger, 1994; Brown, 1998). El sexo se concibe entonces como una condición ahistórica y prediscursiva, una entidad previa a todo significado, y enraizada en una naturaleza profunda.

En este contexto, para una abundante cantidad de estudios en psicología, las categorías de género y de sexo vienen dadas con anterioridad y funcionan como 'cajas negras', como entidades prefiguradas que organizan los fenómenos, como instancias de conocimiento que explican y que sin embargo no requieren ser explicadas, cuyo proceso de constitución ha quedado invisibilizado. Así, hay una larga tradición de estudios en psicología donde el dimorfismo sexual (la idea de que hay dos sexos naturales y predefinidos) es considerado como una variable independiente, buscando establecer diferencias psicosociales entre los sexos (rendimiento intelectual, agresividad, ansiedad, control, nivel de aspiraciones).

Esta diferencia sexual asumida puede ser leída, en contraposición, como una matriz normativa de construcción de lo psicológico y de regulación de las relaciones sociales, que ordena el mundo social al tiempo que lo estereotipa. Las perspectivas psicosociales convencionales sobre la identidad de género –tanto la psicodinámica, como la sociocognitiva y la del aprendizaje social– comparten el rasgo de no cuestionar el proceso de diferenciación sexual y, por el contrario, justifican a través de distintos ángulos esta definición (Martínez Benlloch y Bonilla, 2000).

En este sentido, ‘sexo’ y ‘género’ contienen ya inscritas unas presuposiciones y unas políticas específicas sobre lo que cuenta como natural y normal en la sexualidad humana. La práctica convencional de disciplinas como la psiquiatría y la psicología reifican sistemáticamente la idea de que hay dos sexos bien diferenciados y únicos, la idea de que el género es un correlato cultural cimentado en el sexo y la idea de que el género es un rasgo esencial que define al individuo y que está inscrito en su biología y su psiquismo. De esta manera, las perspectivas psicosociales dominantes ponen en juego unas presuposiciones que ordenan la indagación y la intervención y, simultáneamente, contribuyen a la naturalización de un orden particular de sexo/género.

Al alero de esta tradición, los abordajes con que la psicología y las ciencias psi comúnmente abordan la transexualidad se centran en el intento de establecer causas psicogenéticas, biológicas o una mezcla de ambas (Zhou, Hofman, Gooren y Swaab 1997; Cohen-Kettenis y Gooren, 1999). En cualquiera de los casos, se asume que las identidades transgénero son una ruptura o una desviación con respecto al desarrollo normal y en consecuencia algo que deber ser explicado y, en la medida de lo posible, corregido. Un ejemplo paradigmático de ello es la tipificación de formas identitarias no-normativas en términos de enfermedad mental que constan en el DSM-IV-TR (APA, 2006), como el trastorno de identidad sexual y el travestismo fetichista. Este punto de partida es el resultado de la presuposición de un cierto modelo de ser humano, cuya sexualidad es una matriz estable y heterocentrada de correspondencias entre cuerpo, identidad y deseo.

Las identidades trans, sin embargo, encarnan algunas formas en que es posible construir y habitar concepciones diferentes del sexo y el género. La multiplicidad de las trayectorias transgénero evidencia configuraciones corporales e identitarias más complejas que las que son prescritas por el paradigma de sexo/género que prevalece en las ciencias psi. A pesar de la heterogeneidad de perspectivas y experiencias en la comunidad trans, estas subjetividades generan rupturas o desplazamientos con respecto al orden normativo del género, a veces como consecuencia de buscar la inclusión en el mismo, a veces en un gesto activo de desafiar dicho orden como matriz obligatoria.

Al menos, un sector crítico de la comunidad trans ha considerado necesario ir más allá de la base ofrecida por el sentido común y el discurso científico para hablar sobre conceptos como 'mujer', 'hombre', 'homosexual', 'heterosexual' o 'género'. Así lo indica el manifiesto distribuido durante la Manifestación Internacional de Lucha Trans e Intersex, organizada en Barcelona en Junio de 2010:

"Vamos a invitar a las miradas ajenas a cambiar de dirección y cuestionar sus propios pensamientos estereotipados. Luchar para que nuestros placeres y deseos no se mueran en una mesa de quirófano. Erradicar la transfobia que nos sitúa en lo anormal, en lo que algunos denominan la incongruencia de género, y nos relega a unidades psiquiátricas y programas de inserción laboral. Y sin duda, visibilizar la belleza de nuestros cuerpos"¹.

Las identidades trans nos ofrecen así un espacio estimulante para cuestionar las asunciones naturalizadas y transformar la concepción psicosocial sobre el género; para repensar la forma en que es posible vivir el cuerpo y la identidad, y replantear, al menos en parte, las fronteras de lo que entendemos como humanamente viable y deseable.

3. Las identidades trans como espacio de (re)configuración de lo humano

Una pregunta que se abre en el encuentro con las identidades trans se refiere a los regímenes de inteligibilidad que determinan lo que somos y lo que podemos

ser; se relaciona con las formas posibles del género que una persona puede o no adoptar en un contexto determinado, con las formas en que es posible habitar el mundo. Esta pregunta atañe, en última instancia, a las condiciones de inteligibilidad que definen 'lo humano', esto es, los criterios que determinan aquello que será reconocido como humano: ¿quién o qué se entiende como legítima, natural o idealmente humano?

Estas condiciones de inteligibilidad están compuestas de normas y prácticas que se convierten en presuposiciones, y sin las cuales lo humano no puede ser concebido o reconocido (Butler, 2004). Por tanto, lo humano no es una condición trascendental a priori, sino un arreglo propio de determinado contexto espaciotemporal (Rose, 1996). Quién o qué entra cabalmente dentro del dominio de lo humano es el resultado de una racionalidad específica sobre la vida de la especie, sobre sus cristalizaciones y circunferencias. Cualquier caracterización de una 'naturaleza humana' está inevitablemente infiltrada por preconcepciones ontológicas y por relaciones de poder (Haraway, 1991; Foucault, 1976). Por lo tanto, aquello que es 'ser humano' es una cuestión controvertible.

La cuestión no es tanto si se le concede a una u otra persona el estatus o la condición esencial de humanidad, sino la producción y reproducción de un modelo de humanidad normativa contra el cual toda persona se contrasta y se mide. En esta tensión entre lo idéntico y lo diferente, entre lo que pertenece y lo que se excluye, una posición es normalizada y fijada como estándar ante la cual lo otro y lo diferente tendrán que ser valorados (Mansfield, 2000). Esto conduce muy a menudo a la subordinación de lo diferente con respecto a lo normal, haciéndole parecer como que le sobra o le falta algo y, en consecuencia, como inadecuado o anómalo. La institución de un modelo humano normalizado crea automáticamente periferias: los humanos defectuosos, los cuasi-humanos, los *boderline*.

La sexualidad ha sido una marca clave para trazar y perfilar las formas de lo humano. Michel Foucault (1976) argumenta que la *scientia sexualis* -dispositivo de regulación del sexo/género en el marco de la generación de conocimiento disciplinario sobre la sexualidad- se encarga de convertir comportamientos y

prácticas sexuales en *especies*, en tipos de individuos, en formas de *ser* introyectadas en la recóndita naturaleza de las personas. El sexo se vuelve un enclave importante en el moderno arte de gobernar la vida porque permite acceder simultáneamente a la gestión de la vida de la especie (biopolítica) y a la del individuo (anatomopolítica).

Posteriormente se ha incorporado al análisis el impacto de las nuevas tecnologías del cuerpo en el moldeamiento de la subjetividad y la identidad (Haraway, 1991): el amalgamamiento de cuerpos y dispositivos tecnológicos en compuestos híbridos inseparables e indistinguibles: “aquí el cuerpo ya no habita los lugares disciplinarios sino que es habitado por ellos” (Preciado, 2008, p. 67). Al mismo tiempo, las sociedades capitalistas avanzadas han favorecido la emergencia de una creciente ‘sexualización’ de la vida social donde, como nunca antes, la sexualidad ha sido incesantemente discutida, comercializada y consumida, insistentemente convertida en objeto de disputa en torno a la ‘tolerancia’ o a la ‘liberación’ o en medio para la persecución o violación de los derechos y la libertad (Evans, 1993).

El sistema de sexo/género se vuelve así una importante fuente de identidad para el sujeto moderno y en consecuencia un medio privilegiado para la producción de aquello que es humanamente posible. Los desplazamientos de las personas trans, en este sentido, movilizan nuevos interrogantes y vías de indagación. De acuerdo con Stryker y Whittle (2006), las figuras transexuales e intersexuales han llegado a ser espacios políticamente cargados sobre el significado cultural de ser humano en un mundo cada vez más tecnificado.

A continuación discuto la manera en que las identidades trans pueden desafiar tres arraigados esquemas dicotómicos del sistema de sexo/género y, por extensión, de la definición del ser humano generizado de cierta manera: el binomio hombre-mujer, la distinción entre sexo y género, y las fronteras entre lo humano y lo no humano. Estos tres ejes, como veremos, se interconectan y sobreponen, remitiendo constantemente unos a otros o concatenando sus efectos y

consecuencias. Sin embargo, abordarlos de diferenciadamente nos ayuda a enfatizar aspectos distintos de un mismo entramado.

3.1 El binomio hombre-mujer

El 'binomio hombre-mujer' se refiere a la asunción naturalizada (moderna y occidental) según la cual los seres humanos se dividen (sólo) en dos tipos: hombres y mujeres. Una especie perfectamente dimórfica. Esta dualidad reduce la verdad de la sexualidad humana a los modelos exclusivos masculino y femenino. El paradigma psicosocial y biomédico dominante (y el sentido común) asumen este binomio, mientras que todo lo que queda entremedio o afuera o no encaje cabalmente en estos dos modelos es una humanidad en carencia, una cuasi-humanidad, algo que raya en lo monstruoso. De tal modo que no basta ser seres sexuados sino que además es necesario ser seres sexuados *de cierta manera*. En palabras de Judith Butler (2001), para ser considerado legítimamente humano hay que estar coherentemente sexuado.

Para Laqueur (1994) el "dimorfismo sexual" se establece como discurso dominante en el siglo XVIII a través de un conjunto de nomenclaturas y clasificaciones que van constituyendo las posiciones dicotómicas y que terminarán por generar una diferencia inconmensurable entre los sexos masculino y femenino. Este "modelo de los dos sexos", observa el autor, es producido y reproducido en nuestros días a través de dos procesos entrelazados: uno de carácter epistemológico y otro de carácter político, en donde la epistemología científica del momento contribuye a producir ambos sexos en complicidad con un marco cultural que responde a necesidades de jerarquización entre los mismos.

El caso de las personas intersexuales, que nacen con una anatomía que difiere de los estándares binarios y, en consecuencia, evidencian variaciones morfológicas respecto de expectativas culturales sobre la apariencia de los genitales femeninos o masculinos (Cabral, 2007), son una afrenta al régimen de la

dualidad sexual rígida y excluyente. Estos cuerpos con genitales “ambiguos” o “indescifrables” ponen en evidencia la variabilidad de formaciones anatómicas y funcionales en el mosaico humano y hacen patente la realidad del sexo/género como un continuum (Fausto-Sterling, 1993). Sin embargo, ante estos casos, el paradigma biomédico considera, en un soberano contrasentido, que la naturaleza se ha equivocado y que hay que enderezarle el trazo a través de bisturíes para que se asemeje más a sí misma.

Una parte importante del colectivo trans también cuestiona el binarismo. Si bien participan de sus polos y a menudo se reconocen como hombres o mujeres (exigencia social para ser inteligible en contextos concretos), también ensayan estrategias de socavamiento y construcción de espacios intermedios. Las identidades trans, ya sean más cercanas a la subjetividad queer o a las identidades de género convencionales, evidencian el carácter construido de las identidades dicotómicas, su maleabilidad y su indeterminación biológica, al romper la membrana prístina de la identidad asignada y emprender el tránsito.

“En la vida cotidiana hablo en masculino porque tampoco quiero complicarle la vida a la gente. Pero, por ejemplo, cuando me sitúo como ‘hombre’ bien se puede preguntar qué hombre soy o qué quiere decir ser hombre. El uso de esta identidad obedece sencillamente a que de las dos opciones que se me ofrecían –hombre y mujer- me siento más cómodo aquí. Pero tampoco es que me crea a rajatabla lo que digo cuando digo que soy un hombre. De hecho, ni siquiera digo que soy un hombre. Desafortunadamente, en nuestra sociedad no puedes utilizar cotidianamente un género ambiguo y por ello utilizo estratégicamente esta posición” (Narrativa de Erik, activista trans, 2010)².

Las palabras de Erik muestran una lucha cotidiana por encontrar espacios de inteligibilidad en las áridas inmediaciones entre las dos polaridades. Muestran también la coerción de un orden simbólico y material que hace prácticamente insostenible no hacer uso, aunque sea “estratégicamente”, de las posiciones legitimadas que otorgan inteligibilidad: es necesario darse a entender a los demás, generar vínculos de reconocimiento a través de códigos que te anteceden y te constriñen. Empero, el marco dicotómico es también cuestionado y entre las grietas se puede advertir su carácter arbitrario.

El binomio también ha sido cuestionado desde distintas posiciones teóricas (ver, por ejemplo, Fausto-Sterling, 1993 y Herdt, 1994). En este marco, el problema que se plantea no es que las categorías ‘hombre’ y ‘mujer’ sean (o no) legítimas y reales, sino que se consideren las únicas naturales y que se cosifiquen de tal forma que el tránsito o los puntos intermedios sean sistemáticamente estigmatizados y perseguidos para hacerlos encajar en el binomio. La cuestión no es entonces la operatividad de las categorías convencionales de género sino el mandato estructural que dicta que sólo es posible habitar humanamente en uno de estos dos nichos. El imperativo social del binomio no es absoluto superficial o liviano, burlarlo es virtualmente imposible y desafiarlo es sumamente peligroso. No obstante, las subjetividades trans buscan construir espacios aledaños que no sucumban del todo a la lógica binaria *–trans, queer, hir, gender bender-* y nos convocan a imaginar espacios alternativos de inteligibilidad.

¿Cómo es posible imaginar y construir un orden de sexo/género que trascienda el binomio? ¿En qué términos podemos concebir y habitar las identidades sin reducirlas a la dualidad hombre-mujer? Aquí me gustaría citar la propuesta que se hace desde el colectivo trans Conjuntos Difusos³. Kim Pérez, activista trans de este colectivo, sugiere sustituir un orden dicotómico por una lógica de referenciales permeables y borrosos. Para pensar un sistema no-binario propone la idea de “conjuntos difusos de género”. La idea de los conjuntos difusos proviene de la matemática contemporánea que, en el intento por replantear la teoría tradicional de los conjuntos, remite a una lógica del más (+) y el menos (-), de estar más cerca o más lejos de, en contraposición con la lógica de la pertenencia o exclusión absoluta (el sí y el no) a conjuntos o categorías bien definidos.

Los géneros se vuelven difusos en tanto no hay pertenencias absolutas a las categorías preestablecidas, que funcionan como meros referenciales abstractos y permeables ante los cuales es posible situarse (más o menos próximo) y no como descriptores de la realidad. En estos términos, la inter- y la transexualidad (la ‘intertransexualidad’) pueden entenderse como:

“un grado de una variabilidad natural que se expresa de forma no-binaria, y que abarca, en más o menos, desde un atractor femenino (estadístico o “extraño”- argot matemático) a otro masculino (también estadístico o “extraño”). Ambos son abstracciones, no son seres materiales. Los seres materiales estamos todos más o menos cerca o lejos de estos atractores estadísticos. Cada persona, en su más o menos, presenta ventajas e inconvenientes [...] Por tanto, al valorar el hecho de la intertranssexualidad, nombre que damos a las personas que nos encontramos en la zona más intermedia entre los atractores, no es adecuada a la realidad de ninguna patologización ni ninguna culpabilización por la realidad intertranssexual en sí” (Kim Pérez, Conjuntos Difusos)⁴.

El debate sobre formas no binarias de identificación de género está aún en desarrollo; el lenguaje está por inventarse, está siendo inventado. Este lenguaje que puede ayudarnos a reconfigurar y eventualmente ampliar el espacio de lo humanamente posible, ensanchar los márgenes y generar espacios habitables para otros cuerpos y otras identidades.

3.2 La distinción entre sexo y género

Podemos decir que la dicotomía sexo-género es subsidiaria y reproduce a escala menor una dicotomía más general en la que está inscrita: naturaleza-cultura. En lo tocante a la sexualidad humana, se entiende que ‘sexo’ es el elemento natural (innato, físico, biológicamente determinado) mientras que ‘género’ hace las veces de la cultura (la tradición, las fuerzas sociales que moldean el comportamiento, las cosmovisiones de una comunidad). Esta dupla participa de una serie de dualidades sobre las que se asienta la razón y la ciencia modernas: naturaleza-cultura, sujeto-objeto, artificial-natural, hombre-mujer, mente-cuerpo (Harding, 1986).

En el juego de estos pares opuestos, se presupone (explícita o implícitamente) que el sexo es anterior al género y es, al mismo tiempo, su fundamento, puesto que permite la asignación sexual, el reconocimiento del otro y la construcción de la propia imagen del cuerpo. El morfismo sexual, en este marco, aloja y estructura los significados sociales y las variaciones culturales que

se le conceden en forma de género. La naturaleza desempeña aquí un papel legitimador con respecto al orden social:

“En el legendario país llamado Occidente, la naturaleza ha sido el operador clave en los discursos fundacionales y fundantes durante largo tiempo, más allá de cuán proteicas y contradictorias sean sus manifestaciones. La naturaleza, contraste de la cultura, es zona de coacciones, de lo dado y de la materia como recurso. La naturaleza es la materia prima necesaria para la acción humana, el campo de la imposición de la voluntad y el corolario de la mente. También ha servido como modelo para la acción humana, como poderosa base del discurso moral. Ser innatural, o actuar de manera no natural, no se ha considerado como saludable, moral, legal o, en general, como una buena idea” (Haraway, 1997: 102)

El sexo, oriundo primigenio del reino natural, actúa entonces como elemento trascendental determinando en cierta medida los juegos socioculturales que serán posibles: la reproducción como finalidad de la relación sexual, las identidades inalterables y diferenciadas de hombre y mujer como forma de organización (distribución de los roles y del trabajo), y la familia heterosexual como institución social básica. Por ello, en la comprensión de la sexualidad que permea el paradigma biomédico y los estudios psicosociales es común encontrar explicaciones donde el orden social se define como una especie de actualización de una supuesta naturaleza humana⁵.

El presupuesto de que es posible distinguir y separar el sexo y el género (naturaleza y cultura) permite que se desarrolle un vasto campo de investigación en torno a las diferencias de género y se establezca el paradigma de la identidad de género en la literatura sociológica y psicológica (Soley-Beltrán, 2009). No obstante, esta concepción dicotómica ha sido cuestionada por un sector del feminismo y por los estudios queer, que impugnan el carácter inmutable del sexo y argumentan que esta categoría es, al igual que el género, construida socialmente. Tan pronto se presta una mirada más detallada a la idea de “sexo” se vuelve evidente que no es una categoría exclusivamente física: los signos y las funciones corporales que definimos como masculinos o femeninos vienen ya enmarañados con nuestras ideas sobre el género (Fausto-Sterling, 2000). Lo que se considera

una diferencia sexual natural es una lectura del cuerpo tamizada por significados y valores culturalmente situados que contribuyen a generar una distribución sexopolítica de dichos cuerpos. Sexo y género, de esta manera, implosionan:

“Como resultado, el género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza; el género también es el medio discursivo/natural mediante el cual la “naturaleza sexuada” o “un sexo natural” se produce y establece como “prediscursivo”, previo a la cultura, una superficie políticamente neutral sobre la cual actúa la cultura” (Butler, 1999: 40).

Así, el contraste con un correlato cultural variable (género), es precisamente lo que permite que el sexo sea naturalizado, sea concebido como una categoría que parece estar limpia de toda contaminación simbólica. Algunas teóricas feministas han buscado abordar esta relación en términos de un ‘sistema de sexo/género’, un dispositivo de producción de sujetos humanos diferenciados en hombres y en mujeres que funcionará para reproducir una distribución desigual de poder (Rubin, 1975; Wittig, 1992).

Las identidades transgénero, en sus singulares encarnaciones, desafían el marco de comprensión que da lugar a la diferenciación categórica entre sexo y género. Los cuerpos y las trayectorias identitarias de las personas trans empañan las fronteras entre estas categorías al trastocar el orden de correspondencia que asigna determinados significados a determinadas formas anatómicas o al construir configuraciones corporales o identitarias ambiguas y dinámicas. Algunas personas trans buscan construir espacios semióticos y materiales que les permitan desmarcarse de los cotos generados por este orden dicotómico. Sus narrativas hacen uso de y al mismo tiempo perturban las categorías convencionales de sexo/género, y dan cuenta de particulares maneras de desplazarles. En esta línea, Pau, activista trans, apunta:

“Claro que hay una relación entre el cuerpo y el género pero, para mí, no es una relación predeterminada e inflexible como se supone. La concepción dominante del género me dirá que si yo nazco mujer es porque tengo genitales de mujer y que por eso además tengo que casarme con un hombre. Sin embargo hay otras maneras de pensar y de pensarnos. Hay una relación entre mi género y mi cuerpo, pero esta relación existe porque yo la he venido

construyendo: así como he construido mi género, también he construido mi cuerpo... y también mi sexualidad” (Narrativa de Pau Crego Walters, 2010).

En este relato, Pau cuestiona la correspondencia que se espera y se demanda entre determinados cuerpos y las formas identitarias que se les asignan. La idea que prescribe una secuencia lineal donde determinados caracteres sexuales definen o anticipan identidades de género se vuelve problemática. Esta ruptura resulta contraintuitiva y a la vez sugerente si consideramos que ‘hombre’ y ‘mujer’ no son solamente identidades de género con roles culturalmente variables, sino que se asocian íntimamente a las propias morfologías sexuales. En este sentido, estas experiencias no sólo permiten problematizar la correspondencia entre sexo y género, sino que permiten además poner en cuestión que haya cuerpos que sean en sí mismos masculinos o femeninos, esto es, que éstas sean propiedades definidas anatómicamente.

Por otro lado, la voz de Mónica, trabajadora sexual trans, nos muestra que el sexo -considerado convencionalmente como instancia fija y estable- deja de ser un elemento definitorio y concluyente. El cuerpo y sus signos sexuales se abren de este modo a nuevas formas de significación que desbordan la fórmula de sexo/género dominante, y se sitúan como espacios sujetos al cambio y a la construcción:

“ser mujer no tiene que ver con tener o no tener pene. Ser mujer está en tu mente, no en tu sexo. Además, yo no necesito demostrarle a nadie que soy una mujer teniendo un coño entre las piernas, porque un coño no me va a hacer ser más mujer que una mujer biológica. Yo sé que soy una mujer, y ya está” (Narrativa de Mónica, 2010).

3.3 La frontera entre humano y no-humano

La problematización del binomio hombre-mujer y de la dicotomía sexo-género abre espacios para repensar el perímetro de lo que, en el terreno de la sexualidad y el género, define lo humano. En consonancia con algunos estudios de la ciencia y la tecnología (Haraway, 1991; Latour, 2005), en las comunidades trans se observa

una creciente inclusión de elementos (tradicionalmente considerados) no humanos en la definición de lo humano, de su sexualidad y su identidad. En este marco, las asociaciones entre humanos y no humanos que generan nuevos cuerpos y subjetividades se alejan de las oposiciones consabidas que escinden definitivamente sujeto y objeto, y se mezclan en unidades híbridas, íntimas e indistinguibles. Así, las fronteras entre los elementos “naturales” y “no naturales” que construyen el sexo/género de las personas se vuelven porosas e imprecisas.

Podemos utilizar la noción de *cyborg* (Haraway, 1991), para aproximarnos a los cuerpos y a las identidades trans. El *cyborg*, que en la cultura popular se entiende como un híbrido humano-máquina o como un “organismo cibernético”, es usado por Haraway como una metáfora que da cuenta de tres rupturas que caracterizan la situación contemporánea del cuerpo, la identidad y el deseo: la de las fronteras entre humanos y animales, entre organismos y máquinas, y entre lo físico y lo no físico. El *cyborg* es una figura que evoca un sujeto no esencial, cuya constitución es irremediamente artificial e híbrida.

En el sentido harawayiano todas las personas somos *cyborgs*, esto es, amalgamas complejas constituidas por historias de socialización, recursos simbólicos introyectados con los que comprendemos el mundo y la propia identidad, tecnologías y objetos a través de los cuales interactuamos con el entorno y que definen nuestra experiencia. En este sentido, los cuerpos, las identidades y las subjetividades que habitamos son siempre producto de ensamblajes semióticos y materiales, naturales y artificiales, reales y quiméricos. Toda experiencia y conocimiento del mundo están mediados por algún tipo de dispositivo. Un dispositivo es cualquier cosa que tiene la capacidad de orientar, determinar, modelar o fijar las expresiones de los seres vivos. El primer dispositivo es quizá, como sugiere Agamben (2006), el propio lenguaje, que previamente genera divisiones y contornos para organizar la realidad. Éste es el caso del performativo que inaugura un lugar en el binomio incluso antes de nacer: “es niña” o “es niño”.

Las identidades trans resultan un buen ejemplo de la práctica y la ontología cyborg porque evidencian los procesos heterogéneos de producción de género que en las identidades normativas quedan ocultos o velados. Al desplazarse entre los géneros y *convertirse* en alguno de ellos se revelan los elementos semióticos y materiales que les constituyen. Más aún, estas identidades hacen uso de recursos sociotécnicos que consideran legítimos y naturales para construir el propio cuerpo o la propia identidad:

“Todas las personas deben tener derecho a intervenir su cuerpo. Yo estoy a favor de la cirugía. (...) Yo no sé por qué debe ser diferente el hecho de que alguien se opere la nariz al hecho de que alguien se ponga pechos. No entiendo en qué consiste la diferencia. Pareciera que siempre salimos de lo normal, que eso resalta más y es mal visto por las personas porque todavía hay muchos tabús al respecto. La gente piensa que el hecho de intervenir los genitales y transitar al otro sexo es anti-natural. Pero ¿por qué debe ser antinatural?, ¿quién lo dice?, ¿dónde está escrito?” (Narrativa de Mónica, 2010)

En este relato, Mónica, trabajadora sexual trans, nos cuenta que para llegar a ser ‘mujer’ hay distintos caminos válidos y diferentes al del determinismo biológico. Las categorías de género dejan de estar asociadas a unas únicas formas de producción y coherencia y adquieren un atributo de multi-origen o pluri-producción, en este caso, a través de la actualización tecnológica. Lo que conviene enfatizar es que la categoría de ‘mujer’, desde la comprensión situada de Mónica, no está definida por la coherencia sexo-género y tampoco obedece a los cánones corporales atribuidos a la mujer. Así, ‘mujer’ se abre a una indeterminación que permite incluir tránsitos y nuevas configuraciones corporales como parte de la identidad femenina.

En tono con la figura del cyborg, las identidades trans construyen cuerpos complejos, mediados de manera significativa por distintas formas de tecnología: bioquímica, quirúrgica, protésica, performativa, semiótica. Se preocupan por el tipo de mediaciones y divisiones que genera el lenguaje. A menudo se relacionan con los códigos del sexo/género a la manera del hacker, infringen las normas preestablecidas y manipulan los signos. Algunas personas trans buscan ser este

'hacker del género' de distintas maneras⁶. A través de la vestimenta, llevando una capa de ropa que resignifica el cuerpo que está debajo; adoptando un nombre andrógino, bien como alias o como nombre oficial; administrándose terapia hormonal ya sea médicamente regulada o auto-regulada; negociando con médicos, psiquiatras, psicólogos y otros porteros los términos de la transformación.

Estas intervenciones son posibilitadas por tecnologías: el tejido, la cosmética, la medicina, la escritura, los sistemas de identificación oficial. La subjetividad y la experiencia transgénero están profundamente mediadas, de la misma forma en que está la experiencia y la subjetividad de todo el mundo. Pero lo que distingue a la mediación transgénero es un uso más consciente y visible, incluso más intencional o autónomo, de las tecnologías con las que nos constituimos como personas sexuadas y generizadas. En este sentido, hay una apropiación de tecnologías semiótico-materiales constituyentes del sexo/género que a menudo operan de manera inadvertida y coactiva en identidades normativas. Las personas trans pueden hackear sus cuerpos, pero también hackean (piratean) los códigos sociales del género y, en última instancia, el mismo sistema dominante que les oprime.

Cuando una persona transita juega con partes del cuerpo o la identidad que se les han asignado pero también con partes que se supone que *no* deberían tener... pero que puede conseguir. El ordenamiento de los fragmentos y los elementos en la subjetividad y los cuerpos trans desconcierta y altera los mapas naturalizados (genéticos, anatómicos, identitarios). Parten del sexo/género que se les ha dado, pero lo alteran. Suprimen o extirpan componentes que consideran indeseados y añaden componentes totalmente nuevos. En este sentido, puede decirse que el tránsito no consiste fundamentalmente en convertirse en un 'verdadero hombre' o una 'verdadera mujer', en alcanzar la esencia natural de algo, sino en construir una singularidad, un espacio propio para vivir. La identidad puede entenderse aquí como un artefacto, un producto que echa mano de distintas tecnologías, de la estética y de una lógica no binaria.

Así, las identidades trans nos invitan a desafiar la idea de que existe una naturaleza inmutable del sexo/género, una naturaleza humana originaria y mítica desde cual debemos entender y relacionarnos con nuestra humanidad. Esta supuesta 'naturaleza absoluta' es la misma que en demasiadas ocasiones ha sido un instrumento de opresión y violencia. En contraparte, la idea es que ninguna identidad de género es natural, y todas hacen uso de diversos recursos, tecnologías, artefactos semióticos y materiales para emerger y sostenerse en el tiempo. La subjetividad transgénero genera sujetos que encarnan y a la vez son conscientes de una cadena de recursos y prácticas socio-tecno-científicas que miradas de cerca desafían nociones básicas y compartidas de lo que significa ser humano.

4. Comentarios finales: Hacia una reinención de la mirada psicosocial sobre lo humano

A través de este recorrido he querido dar cuenta de algunas formas en que las identidades transgénero pueden ayudarnos a replantear la mirada sobre lo humano y, particularmente, sobre las identidades de género que prevalece en las ciencias psi. Problematizar las fronteras entre los pares dicotómicos discutidos nos permite, por un lado, plantear un abordaje que no reproduzca el gesto de estigmatización y coerción sobre las identidades no-normativas y, por el otro, desplegar una mirada crítica con respecto a las asunciones sobre el objeto/sujeto humano con que trabaja la psicología en general.

En el primer caso, este desplazamiento nos permite romper con del abordaje clínico convencional según el cual la persona trans intenta resolver una (aparentemente) irreconciliable contradicción hombre/mujer (o mente/cuerpo); una expectativa que puede resultar violenta puesto que prescribe que las identidades deben ser forzosamente reconciliadas por la persona trans. El abordaje psi convencional sobre las identidades trans enfatiza unas categorías estables con las

que produce y reconoce un estado inicial y un estado final, pero relega el tránsito o el *proceso* (metáfora temporal, no espacial) a la invisibilidad, que es precisamente lo que da sentido a la construcción de identidad, lo que hace comprensible la parcialidad o incertidumbre que le rodea, su atributo generativo.

Como lo ha indicado Sandy Stone (1991), la máxima de la transexualidad es el acto de 'pasar': *pasar de un lado a otro para y, finalmente, pasar como mujer o como hombre*. Una persona transexual que pasa está obedeciendo el imperativo derridiano "los géneros no deben ser mezclados". En consecuencia, la mixtura de los géneros genera configuraciones inesperadas: las personas trans que rechazan la insistencia social de 'pasar' de un punto a otro hasta 'pasar' inadvertidas, y que, por el contrario, permiten que sus cuerpos ambiguos sean leídos en su ambigüedad compleja e inquietante, "fragmentan y reconstituyen los elementos del género en nuevas e inesperadas geometrías" (Stone, 1991, p. 296).

Por otro lado, la perspectiva psico-médica que entiende a las identidades trans como un problema de 'coherencia interna', individualiza, privatiza y despolitiza las experiencias de malestar con respecto a las asignaciones convencionales de género. El problema de la producción y reproducción de un aparato social hetero-patriarcal de regulación del género y de administración política de lo humano, y las relaciones de poder que dicho aparato implica, se convierten en un asunto personal alojado en las entrañas del individuo y que debe ser resuelto al interior de esas fronteras. El análisis crítico de lo que asumimos como humano y los efectos sociales que estas asunciones tienen quedan fuera del espectro.

Podemos decir entonces que la psicología dominante asume una matriz particular de sexo/género; es una 'psicología generizada' de cierta manera. Esta matriz esencialista y dicotómica hace una lectura particularmente prejuiciosa y coercitiva de las identidades que se escapan del orden presupuesto. Podemos decir, de igual manera, que otra lectura es posible. Una lectura que aborde críticamente las fronteras que imponen divisiones insalvables entre el hombre y la

mujer, el sexo y el género, lo humano y lo no-humano, y, en última instancia, entre lo normal y lo anormal.

La figura del *cyborg* nos ayuda a repensar las identidades de género porque nos propone otro plano de abordaje. La ontología cyborg no aspira a producir una teoría total y totalitaria, no requiere una explicación absoluta, que lo abarque todo. Por tanto, todo conocimiento de las identidades de género es parcial y está sujeto al cambio y la transformación. El contacto situado y copartícipe con colectivos y actores trans sugiere una forma de indagación que asuma y se responsabilice del carácter incompleto de los conocimientos psi y, por tanto, un conocimiento que se abra críticamente a un devenir (auto)transformador donde no sólo las identidades sino el conocimiento de las mismas tiene un carácter inacabado, en proceso, en mutación: esto es, un trans-conocimiento.

Finalmente, las identidades trans otorgan potentes estímulos para pensar una psicología interesada por las génesis y las normas que gobiernan la inteligibilidad de los sujetos a los que se aproxima, preocupada por los modos de conocimiento y de verdad que definen dicha inteligibilidad y por lo que Foucault llamaría 'la política de la verdad' con respecto a lo que cuenta como humano. En esta lógica, la indagación psicosocial debe iniciar antes: no en la supuesta descripción del funcionamiento de un ser humano dado por hecho, sino en la problematización y en la co-construcción de lo que debemos entender por lo humano. Esta idea concuerda con el llamado a concebir la psicología como un campo de reflexión sobre lo que se considera la naturaleza humana y las decisiones políticas que tomamos con respecto a ella (Parker, 2010).

El desafío consiste, en palabras de Butler (2001), en "aprender a vivir, y aceptar, la destrucción y rearticulación de lo humano en nombre de un mundo más abierto y, en último término, menos violento, a no saber de antemano qué forma precisa toma y tomará nuestra humanidad, a estar abiertas a sus permutaciones" (p. 20). En este sentido, la psicología precisa abrirse a la posibilidad y la emergencia de nuevas formas de vida; dar cabida y participar activa y críticamente en la reformulación de lo humano, y cuestionar modelos a priori que buscan ser

impuestos a una multiplicidad en movimiento. Así, la psicología puede servir como una herramienta para construir espacios más inclusivos y habitables, para reconstruir lo que se considera humano y ensanchar las fronteras de lo posible.

Referencias bibliográficas

- AGAMBEN, Giorgio. (2006). *Che cos'è un dispositivo?* Roma: Edizioni Nottetempo.
- American Psychiatric Association (APA). (2000). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (DSM-IV-TR)*. Washington DC: American Psychiatric Association.
- BROWN, Mary. (1998). Situated knowledges of personal embodiment: Transgender activists' and psychological theorists' perspectives on 'sex' and 'gender'. En Henderikus J. Stam (Ed.), *The Body and Psychology* (pp.120-140). London: Sage.
- BUTLER, Judith. (1999). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- BUTLER, Judith. (2001). "Doing Justice to Someone: Sex Reassignment and Allegories of Transsexuality". *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, 7(4), 621-636.
- CABRAL, Mauro. (2007). Intersexualidad. En Susana B. Gamba (Coord.), *Diccionario de Estudios de Género y Feminismos*. Buenos Aires: Biblos. Pp 179-181.
- BUTLER, Judith. (2004). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.
- COHEN-KETTENIS, P. T. y GOOREN, L. J. G. (1999). "Transsexualism: A review of etiology, diagnoses and treatment". *Journal of Psychosomatic Research*, 46(4), 315-333.
- DANZIGER, Kurt. (1994). *Constructing the Subject: Historical Origins of Psychological Research*. Cambridge University Press.

- ELLIOT, Patricia. (2009). "Engaging Trans Debates on Gender Variance: A Feminist Analysis". *Sexualities*, 12(1), 5–32.
- EVANS, David T. (1993). *Sexual citizenship: The material construction of sexualities*. New York: Routledge.
- FAUSTO-STERLING, Anne. (1993). "The Five Sexes: Why male and female are not enough". *The Sciences*, May/April, 20–24.
- FAUSTO-STERLING, Anne. (2000). *Sexing the body: Gender politics and the construction of sexuality*. New York: Basic Books.
- FOUCAULT, Michel. (1976). *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI. [2005]
- GERGEN, Kenneth J. (2009). *Relational being: Beyond self and community*. New York: Oxford University Press.
- GENTILE, Douglas A. (1993). "Just what are sex and gender, anyway? A call for a new terminological standard". *Psychological Science*, 4, 120-122.
- GOLDBERG, Steven. (1973). *La inevitabilidad del patriarcado*. Madrid: Alianza Editorial.
- HERDT, Gilbert H. (1994) (Ed). *Third sex, third gender: beyond sexual dimorphism in culture and history*. New York: Zone Books.
- HARAWAY, Donna J. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- HARAWAY, Donna J. (1997). *Testigo Modesto@ Segundo Milenio. HombreHembra@_Conoce_Oncorratón@: Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC. 2004.
- HARDING, Sandra. (1986). *The science question in feminism*. New York: Cornell University Press.
- HINES, Sally. (2007). *Transforming Gender: Transgender Practices of Identity, Intimacy and Care*. Bristol: The Policy Press.
- IBÁÑEZ, Tomás. (1994). *Psicología social construccionista*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

- KITZINGER, Celia. (1994). "Sex differences: Feminist perspectives". *Feminism & Psychology*, 4, 501-506.
- LAQUEUR, Thomas. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Crítica.
- LATOUR, Bruno. (2005). *Reassembling the social: An introduction to Actor-Network Theory*. New York: Oxford University Press.
- MANSFIELD, Nick. (2000). *Subjectivity: Theories of the self from Freud to Haraway*. New York: New York University Press.
- MARTÍNEZ BENLLOCH, Isabel y BONILLA, Amparo. (2000). *Sistema sexo/género, identidades y construcción de la subjetividad*. Valencia: Universidad de Valencia.
- MARTÍNEZ-GUZMÁN, Antar y MONTENEGRO, Marisela. (2010). Producciones narrativas: transitando conocimientos encarnados. En Miquel Missé y Gerard Coll-Planas (eds), *El género desordenado. Críticas en torno a la patologización de la transexualidad*. Barcelona: editorial egales.
- MISSÉ, Miquel y COLL-PLANAS, Gerard. (2010). "La patologización de la transexualidad: Reflexiones críticas y propuestas". *Norte de salud mental*, VIII(38), 44-55.
- PARKER, Ian. (2010). *La Psicología como ideología: contra la disciplina*. Madrid: Catarata.
- PRECIADO, Beatriz. (2008). *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa.
- ROSE, Nikolas. (1990). *Governing the Soul: The Shaping of the Private Self*. London: Routledge.
- ROSE, Nikolas. (1996) Power and Subjectivity: Critical history and psychology. En C. F. Graumann y K. J. Gergen (Eds.), *Dimensions of psychological discourse* (pp. 103-124), New York: Cambridge University Press.
- ROSE, Nikolas. (1998). *Inventing our selves: Psychology, power and personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.

- RUBIN, Gayle. (1975). The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex. En R. Reiter (Ed.) *Toward an Anthropology of Women* (157-210). New York: Monthly Review Press.
- SOLEY-BELTRAN, Patricia. (2009). *Transexualidad y la matriz heterosexual*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- SPINK, Peter. (2005). Rethinking field research: accounts and places. *Athenea Digital*, 8, x-x. Disponible en http://antalya.uab.es/athenea/num8/Sspink_en.pdf
- STONE, Sandy. (1991). *The Empire Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto*. New York: Routledge.
- STRYKER, Susan y WHITTLE, Stephen. (2006) (Eds.). *The Transgender Studies Reader*. New York: Routledge.
- UNGER, R. K. y CRAWFORD, M. (1993). "Sex and gender: The troublesome relationship between terms and concepts". *Psychological Science*, 4, 122-124.
- WHITTLE, Stephen. (1996). Gender fucking or fucking gender? Current cultural contributions to theories of gender blending. En Ekins, K. y King, D. (Eds.), *Blending Genders: Social Aspects of Cross - Dressing and Sex – Changing* (pp. 196-214). London: Routledge.
- WITTIG, Monique. (1992). *The straight mind and other essays*. Beacon Press: New York.
- ZHOU, J. N., HOFMAN, M. A., GOOREN, L. J. y SWAAB, D. F. (1997). "A Sex Difference in the Human Brain and its Relation to Transsexuality". *The International Journal of Transgenderism*, 1(1), 68-70.

Notas

¹ Cita extraída del manifiesto de la Manifestación Internacional de Lucha Trans e Intersex, llevada a cabo el 5 de junio de 2010 en la ciudad de Barcelona, en el marco de la campaña Stop Patologización Trans.

² Para consultar esta y otras narrativas citadas ver Martínez-Guzmán y Montenegro, 2010.

³ Extraído de <http://conjuntosdifusos.blogspot.com/> Consultado en abril de junio de 2011.

⁴ Pérez, Kim (2011) Teoría de conjuntos de difusos de sexogénero. Recuperado el 6 de Junio de 2011 del sitio web <http://transexologia.blogspot.mx/>

⁵ Para un caso paradigmático véase Golderbg, 1973.

⁶ Extraído de <http://genderhacker.net/> Consultado en julio de 2011.

Fecha de recepción: 24 de marzo de 2012. Fecha de aceptación: 8 de mayo de 2012.